

**Conferencia impartida por el Padre General Arturo Sosa, S. I.
a la comunidad académica del Centro Universitario de la
Fundación Educacional Ignaciana Pe. Sabóia de Medeiros (FEI)
São Paulo, SP, Brasil
26 de octubre de 2017**

La Universidad, sus egresados y el compromiso con la democracia

Tomando como referencia tanto la misma etimología de la palabra como la larga historia de esa institución nacida a finales del siglo XI e inicios del XII, una “universidad” corresponde realmente a su identidad cuando en ella hay una convergencia de diversidades que se encuentran y dialogan. Decir, por tanto, “universidad” es decir un espacio que constitutivamente se define por su pluralismo. El proyecto de una universidad ofrece cabida a todas las corrientes de pensamiento, a toda producción intelectual de la humanidad, a todos los saberes humanos. Nada de la realidad en que vivimos puede ser ajeno al horizonte de una universidad.

Sin embargo, no se trata de un simple “acumular” ideas, técnicas, producciones... Si esta convergencia de tantas informaciones, experiencias, técnicas, proyectos, saberes, sólo se ponen juntas, tendríamos un depósito, un almacén, pero no una universidad. En la universidad esos saberes, esas ideas se encuentran y dialogan, a veces en confrontaciones duras y difíciles. Todos los que conviven en la universidad y le dan vida, vitalidad, un alma, comparten un mismo interés: el de buscar la verdad, crear y transmitir el conocimiento.

La universidad quiere ser un espacio de comunión, de intercambio, de colaboración, de comunicación entre los múltiples integrantes de su vida que, al mismo tiempo, está en íntima relación con la realidad social en la que se ubica. Una universidad no puede ser fiel a sí misma, a su proyecto institucional, si vive aislada de la sociedad, cerrada a sus preguntas, sorda a sus llamadas, insensible a sus problemas, indiferente a los acontecimientos. Una universidad que quiera ser fiel a su identidad, que quiera realmente cumplir con su papel en el mundo, tiene una vida en la que repercuten las tensiones e incertidumbres de los tiempos en que vivimos, los sufrimientos de personas y pueblos, el fracaso de proyectos humanos, incluyendo también tantas presiones polarizadoras de la realidad social. Las dificultades y tensiones del mundo son las dificultades y tensiones a las que la universidad quiere dar una respuesta. Pero esas dificultades y tensiones no son algo que la universidad trata desde una imposible posición de neutralidad, de una pretendida “objetividad científica”. La universidad puede ayudar a los demás a comprender y a enfrentar esas dificultades y tensiones, porque también las experimenta, las sufre.

Así se atisba una razón más para aceptar el reto de convertir la universidad en ese lugar privilegiado en el cual se demuestre que la vía del diálogo y la negociación no sólo es posible sino que es la más conveniente; en primer lugar, para ella misma, pero también para la sociedad en la cual y desde la cual realiza su proyecto de centro de convergencia de saberes y conocimientos. En ese sentido, una universidad que sea una

verdadera comunidad es una señal elocuente para su pueblo, para el gobierno y para el Estado.

Surge, entonces, la pregunta sobre cuál sería la universidad que se necesita en estos tiempos que estamos viviendo. ¿Cuál sería el camino que la universidad debería tomar para seguir fiel a su identidad y cumplir con su función en el mundo?

Creo que nuestros tiempos le piden a la universidad tener como norte de su camino, como orientación de su futuro, la formación de personas integrales, es decir, una formación que tome en consideración las múltiples dimensiones de la compleja -y por eso maravillosa- "tarea" de "hacerse ser humano". Una universidad que contribuya significativamente a la formación de profesionales capacitados para participar positivamente, con creatividad, criticidad y libertad, en un mundo que vive el fenómeno de la globalización con luces y sombras. Una formación que tome en cuenta sería y ampliamente el reto cada vez más urgente de imaginar y establecer nuevas relaciones con la naturaleza, con el golpeado y cada vez más amenazado planeta Tierra, convirtiendo ese desafío en una prioridad para su misión de crear y transmitir saberes.

Además, la realidad de los conflictos crecientes nos lleva a querer una universidad desde la que se contribuya a una nueva relación con el pueblo y entre los pueblos. El papa Francisco ha repetido varias veces que la Tercera Guerra Mundial ya está en acto, diseminada en tantas guerras de mayor o menor proporción a lo largo y ancho del mundo. Una universidad que tenga presente la realidad, como la tuvo presente la 36^a Congregación General de la Compañía de Jesús (2016), sería consciente de cómo: *Por una parte, contemplamos la vibración de la juventud que busca una vida mejor, el gozo de muchos ante la belleza de la creación y las múltiples formas en las que muchos ponen sus propias cualidades al servicio de los demás. Sin embargo, también vemos que nuestro mundo enfrenta hoy múltiples carencias y desafíos. En nuestras mentes permanecen las imágenes de poblaciones humilladas, golpeadas por la violencia, excluidas de la sociedad y marginadas. La tierra soporta el peso del daño que le hemos causado los seres humanos. Nuestra misma esperanza está bajo amenaza y su lugar han venido a ocuparlo el miedo y la rabia*¹.

La misma Congregación General recuerda la palabras del Papa en su encíclica *Laudato si'*², cuando afirma que *no hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socio-ambiental. Esa única crisis, de proporción mundial, tiene su origen en el modo como los seres humanos usamos -y abusamos- de la población y las riquezas de la tierra. Es una crisis con profundas raíces espirituales*³.

Inserta en esa desafiante realidad, la universidad está obligada a conocerla en su complejidad, a pensarla en profundidad, es decir, a ir a contracorriente de la superficialidad y la simplificación de la realidad, para evitar caer en análisis frágiles,

¹ CG 36, D. 1, n. 1.

² *Laudato si'*, 139.

³ CG 36, D. 1, n. 2.

respuestas inocuas o reacciones equivocadas que agudicen los problemas, en lugar de contribuir a su solución.

Por otra parte, hay que tener presente que la universidad, profundamente enraizada en la realidad inmediata de su tiempo y lugar, por su naturaleza misma, tiene un horizonte que supera el momento actual y las fronteras de la región o del país en que se ubica. Si queremos tener una verdadera universidad, su diseño no puede limitarse a responder a las exigencias del momento actual del Brasil o de alguna de las ideologías políticas que en este momento se debaten. La universidad se abre a la *universalidad*.

No hay duda de que la universidad está al servicio de la sociedad. Por ende, es un servicio público. La universidad se relaciona necesariamente con el Estado, puesto que éste tiene la responsabilidad y la obligación de garantizar este tipo de servicio a los ciudadanos. Sin embargo, esta relación entre universidad y Estado se basa en el reconocimiento de la autonomía universitaria. La autonomía es una dimensión necesaria para que la universidad pueda ser ella misma y lograr sus fines. La autonomía es garantía del derecho a la educación en una relación en la que cada institución, Universidad y Estado, cumpla con su misión específica al servicio de la sociedad. La autonomía universitaria es garantía de que, de verdad, en su vida y en su labor académica y científica, la universidad puede acoger a todas las corrientes de pensamiento que componen la complejidad del tejido social, sin tener que excluir a nadie y a nada de su atención por presión o imposición del Estado o de éste o aquel grupo de poder. La universidad es el ámbito de la convivencia, el respeto, la tolerancia y la civilidad.

Una universidad que se inspire en la milenaria tradición educativa y universitaria de la Iglesia Católica se propone que sus egresados sean no solo profesionales competentes en sus distintas áreas de actuación, investigadores responsables y comprometidos con la ciencia, sino también seres humanos sensibles al sufrimiento de la humanidad, y por tanto solidarios con los que viven en pobreza y en situaciones inhumanas. Como nos recordaba el papa Francisco en su encuentro con los jesuitas reunidos en la Congregación General 36, *misericordia no significa algo abstracto, sino un estilo de vida que consiste en gestos concretos más que en meras palabras*. Y sigue la Congregación diciendo: *Para nosotros jesuitas –aquí quisiera incluir a todos ustedes que son parte de la comunidad universitaria de la FEI-, la compasión es acción, y una acción discernida en común. Más aún, sabemos bien que no existe auténtica familiaridad con Dios si no permitimos que tanto la compasión como la acción nos lleven al encuentro con el Cristo que se revela en los rostros doloridos y vulnerables de la gente, y, naturalmente, en los sufrimientos de la creación⁴*.

Si nos ubicamos en este horizonte, nuestros egresados serán mujeres y hombres comprometidos con los esfuerzos de tantas personas e instituciones en pro de una justicia social que consiga finalmente la superación de las causas de la miseria y la exclusión. Serán personas conscientes de su papel en la sociedad y, por tanto, con un

⁴ CG 36, D. 1, n. 20.

alto grado de responsabilidad democrática. En fin, serán seres humanos preocupados por el destino de la Creación.

La Propuesta del Proyecto INOVA-FEI

Las reflexiones que comparto con ustedes están en plena sintonía con el proyecto de innovación que la FEI este año ha lanzado y con el cual busca mejorar aún más la calidad de su misión educativa e investigativa. En su *Plan de Desarrollo Institucional 2016-2020*, la FEI afirma querer *ser una institución innovadora de Educación Superior, prioritariamente en las áreas de Tecnología y Gestión, reconocida nacional e internacionalmente por formar profesionales altamente calificados y promover la generación, difusión y transferencia del conocimiento, contribuyendo a una sociedad más humana y más justa*⁵.

Con la aplicación del proyecto INOVA-FEI, se espera que en cinco años la FEI se haya convertido en una de las más innovadoras instituciones de enseñanza superior en el país. ¡Es lo todos deseamos! El proyecto sueña con un centro de estudios universitarios que sea multidisciplinar, conectado internacional y globalmente, atento a los grandes temas del futuro, con creatividad, actitud emprendedora y claros procesos de gestión.

Con mucho interés recibí la información sobre los “Congresos de Innovación y Megatendencias 2050” que la FEI viene organizando. Los temas abordados son de gran actualidad y trascendencia:

- ✓ Impacto del “Internet de las Cosas” y la “Industria 4.0”.
- ✓ Los riesgos y oportunidades de las nuevas tecnologías y el papel de los profesionales de esa área.
- ✓ La movilidad y conectividad en la nueva sociedad que se va formando.
- ✓ La inteligencia al servicio de la ciudad y del campo.

Hay todavía otros temas sobre los cuales la comunidad académica de la FEI quiere lanzar su atención:

- ✓ La seguridad alimentaria y el agua, el reto energético.
- ✓ Las tecnologías de salud y bienestar.
- ✓ El desarrollo sostenible.
- ✓ Las nuevas tecnologías industriales y sus procesos.

Se trata de los grandes temas para las próximas décadas en el país y en el mundo. Eso nos permite ver que la FEI es una institución integrada en su tiempo y lugar, pero con una mirada que va más allá, que es capaz de leer los signos de los tiempos y anticipar los nuevos desafíos.

⁵ PDI, p. 13.

El proyecto INOVA-FEI se propone varias metas. Me tomo la libertad de destacar algunas que confirman la sintonía de esa institución con los puntos que les he presentado al inicio de mi conferencia:

- ✓ Desarrollar una formación con base en la ética y los valores cristianos.
- ✓ Capacitar a los estudiantes para la solución de problemas que piden el dominio del proceso creativo.
- ✓ Generar una cultura de la innovación atenta a las oportunidades y en diálogo con la sociedad.
- ✓ Aplicar procesos de aprendizaje activo y multidisciplinar aprovechando las nuevas tecnologías.
- ✓ Articular conocimiento e investigación con el contexto de vida de los estudiantes.
- ✓ Abrirse a nuevas culturas y acercarse a las fronteras.
- ✓ Integrar los currículos y la investigación.
- ✓ Ampliar la colaboración con instituciones privadas y públicas.
- ✓ Desarrollar el diálogo entre academia, empresa/industria y sector público.

Este elenco de metas me brinda la oportunidad de tocar un tema que, como latinoamericano, creo que se impone en la realidad actual de nuestro continente. Se trata de una dimensión de nuestras vidas, sin la cual nuestros proyectos de colaboración, de investigación o de incidencia en la sociedad pueden encontrar barreras insuperables. Quisiera, pues, proponerles algunas reflexiones sobre la necesidad de garantizar un espacio de convivencia social en el marco de la vida democrática.

La vida en democracia

La Congregación General 36 ha titulado su primer Decreto como “Compañeros en una misión de Reconciliación y de Justicia”. Este documento es el resultado de todo un trabajo previo, llevado a cabo en las 86 Provincias y Regiones de la Compañía en más de 120 países, con el cual buscábamos identificar las llamadas que el Señor nos hacía desde la realidad del mundo. Las respuestas que llegaron a la Curia General en Roma señalaban con claridad una llamada particular a participar en la obra de reconciliación que Dios está realizando en nuestro mundo herido. Ese trabajo por la reconciliación se ve necesario en tres distintas dimensiones: la reconciliación con Dios, la reconciliación entre los seres humanos, y la reconciliación de estos con la Creación.

Tratando del exigente y complejo desafío de la reconciliación entre los seres humanos, la Congregación General 36 llamaba la atención de toda la Compañía al *fundamentalismo, la intolerancia y los conflictos étnico-religioso-políticos, que son fuente de violencia. En muchas sociedades se da un creciente nivel de conflicto y polarización, que frecuentemente origina una violencia que resulta tanto más escandalosa, en cuanto encuentra justificación en convicciones religiosas deformadas*⁶.

⁶ CG 36, D. 1, n. 27.

Ahora bien, para enfrentar esta realidad de violencia y sus consecuencias, para poder preparar los caminos que puedan conducir a procesos de reconciliación, de justicia y de paz, nos sentimos llamados a trabajar muy en serio por una verdadera democracia.

La constitución de un pueblo, una sociedad y un régimen político democrático será el resultado de muchas personas que eligen un estilo de vida democrático. Ese estilo de vida conlleva:

- concebir y vivir las relaciones de poder como servicio a una vida de calidad para todos, especialmente para los empobrecidos, y no como ocasión para garantizar ventajas y privilegios para grupos que ya poseen riqueza y poder;

- poner las cualidades personales de cada uno y las capacidades adquiridas -en nuestro caso, una formación universitaria, y de calidad- al servicio de impulsar la justicia social, extender la conciencia política, contribuir a la participación responsable en los asuntos públicos a través del fortalecimiento de las instituciones del Estado y su responsabilidad ante los ciudadanos;

- valorar la verdadera política, o sea, la actividad necesaria para la vida en una sociedad pluralista, capaz de decidir sus asuntos en un ambiente de tolerancia e inclusión;

- buscar un modo auténtico de desconcentrar el poder político para, desde ahí, fortalecer la democracia. El poder democrático debe estar realmente en manos del pueblo como conjunto de ciudadanos responsables del bien común. Solo así un régimen político puede llamarse democrático;

- acercar las instituciones públicas a los ciudadanos en una perspectiva de información, transparencia y rendición de cuentas, de modo que la ciudadanía pueda exigir cuentas de su funcionamiento, de la calidad de su servicio a la población y de su eficiencia en el uso de los recursos colectivos que ellas administran en nombre y en beneficio de la sociedad;

- descentralizar los procesos de decisión como modo de reconocer la diversidad de situaciones que conforman la nación, y así atender las necesidades propias de cada región, al mismo tiempo que se enriquece la multiforme participación del pueblo en toda su rica variedad.

Diálogo y democracia

La Congregación General 36 afirma: *Nuestras obras educativas, a todos los niveles, y nuestros centros de comunicación e investigación social, tienen que ser una ayuda para la formación de hombres y mujeres comprometidos con la reconciliación, que sean capaces de*

*superar los obstáculos que a ella se oponen y proponer soluciones. El apostolado intelectual debe ser fortalecido para ayudar a transformar nuestras culturas y nuestras sociedades*⁷.

Quizás uno de los desafíos más grandes en ese sentido sea el de garantizar la posibilidad del diálogo, especialmente el difícil diálogo entre posiciones y grupos que tienden a anclarse en posiciones extremas, polarizadas y cerradas.

Para que se establezca un verdadero diálogo, un primer paso necesario es desarmar los “actos reflejos” que procesos de polarización van generando en el seno de la sociedad y que nos llevan a arrugar la frente en señal de desconfianza y escepticismo cuando quien pronuncia la palabra “diálogo” es del polo contrario al que pertenezco, y despachar de una vez la oportunidad, interpretándola como una nueva táctica tramposa para engañar a quien sinceramente quiera dialogar.

En nuestra tradición espiritual hay un famoso paso, al inicio de los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio, el llamado “Presupuesto”, que dice así: *todo buen cristiano ha de ser más pronto a salvar la proposición del prójimo que a condenarla; y si no la puede salvar, inquiera cómo la entiende, y si mal la entiende, corríjale con amor, y si no basta, busque todos los medios convenientes para que, bien entendiéndola, se salve*⁸.

Una segunda condición para el diálogo es el reconocimiento de los interlocutores en paridad de condiciones. Para que se logre esa paridad, hay que dejar atrás las etiquetas que convierten las partes en enemigos. Solo si se asume esa actitud de reconocimiento del otro como alguien que participa de la humanidad común a todos nosotros, puedo incluirlo en el diálogo. Solo así puedo permitir que se siente a la mesa con su puesto bien servido, aunque no compartamos las mismas ideas, las mismas percepciones e interpretaciones de la realidad, los mismos proyectos políticos e incluso seamos adversarios –pero adversarios leales- en la disputa por el poder.

La violencia, la anarquía o la guerra no pueden ser consideradas como verdaderas alternativas sociales y políticas al diálogo. Ellas son el fracaso de la palabra y, por tanto, el fracaso de la humanidad, del proyecto humano. Tomar conciencia de ello es indispensable antes de rechazar el diálogo por la sospecha respecto a quien lo propone, o porque puede ser una trampa, aunque se abra la puerta de la jaula de la polarización en la que estamos.

Cerrarnos al diálogo es comenzar un camino que agudiza el conflicto, alimenta la violencia, empuja a la agresión, desencadena la guerra, hace deslizarnos por la pendiente de la anarquía, siempre con costos humanos inimaginables para esta generación y para las futuras.

El diálogo requiere transparencia en el hablar y escucha receptiva. Ambas cosas al mismo tiempo, para que no se convierta en *diálogo de sordos*, en el que los interlocutores

⁷ CG 36, D. 1, n. 34

⁸ *Ejercicios Espirituales* [22].

no se toman en serio o no se prestan atención, o en *diálogo de besugos*, en el que no hay ni lenguaje común ni coherencia lógica.

El diálogo nos hace mejores

El diálogo requiere y se nutre de la imaginación y de la creatividad para encontrar los mejores modos de establecer una relación inclusiva, salvando y reconociendo las diferencias. De ahí la necesidad de prepararse para entrar en un diálogo del cual se espera un resultado realmente positivo. Como afirma una vez más la Congregación General 36, *no queremos proponer una esperanza simplista o superficial. Por el contrario, nuestro aporte, como insistió siempre el P. Adolfo Nicolás, tiene que distinguirse por su profundidad: una profundidad en la interiorización, y “una profundidad en la reflexión que nos permita comprender la realidad con más hondura y ser más eficaces en el servicio”*⁹.

Solo así podemos evitar el peligro fatal de que el diálogo se haga como una comunicación que se queda en la superficie dominada por la diatriba, movida por pasiones, pero sin compasión. Solo una seria y profunda preparación, sumada a una sincera disposición, permiten que las partes involucradas en el diálogo accedan a las dimensiones de fondo de la sociedad. En el ámbito político el diálogo es al mismo tiempo la condición *sine qua non* y el primer paso hacia la negociación entre los diversos actores e intereses legítimos que existen en la sociedad.

El diálogo tiene la capacidad de abrir nuevos horizontes. A través del diálogo se vislumbran nuevas posibilidades que permiten a cada uno de los interlocutores moverse de sus posiciones iniciales y superar el cerco estrecho de sus propias visiones e intereses particulares para moverse al plano del beneficio común.

El diálogo permite distinguir entre la discusión verdadera y los falsos debates. En una negociación que tiene como fundamento la disposición del diálogo, no vence quien impone su posición, ni tampoco quien “gana” la discusión, sino quien es capaz de ceder desde sus posiciones, no por sentirse presionado y amenazado, sino porque sabe que solamente así se puede llegar a un terreno en que todas las partes involucradas en el diálogo podrán encontrarse a gusto y nadie se alejará de la mesa de negociaciones con un sabor amargo en la boca de fracaso o de derrota.

La nueva comunicación y las tecnologías que hoy día, de un modo que hasta hace pocas décadas no se podía ni siquiera imaginar, superan las distancias y hacen posible la circulación prácticamente instantánea de un volumen de información descomunal, también tienen ante sí ese desafío: instalar el diálogo en el centro de las relaciones entre nosotros, independientemente de cualquier color, ideología, pensamiento, raza, religión o cultura.

Preguntémonos, entonces: ¿cómo nos puede ayudar la comunicación que no se queda en la superficie a conocernos mejor, incluso al adversario, para encontrar ese

⁹ CG 36, D. 1, n. 33.

terreno en el que podemos cohabitar, que hoy todavía no vislumbramos? ¿Cómo sintonizamos con esa dimensión emergente de la humanización ligada a la democracia y la libertad, imposible sin valorar el pluralismo como condición normal de las sociedades?

La Compañía comprende que la Reconciliación está en el corazón de su misión. Ya desde sus inicios, en su documento fundacional, la *Fórmula del Instituto* de 1550, se lee que, entre otras cosas, la Compañía había sido creada para “reconciliar a los desavenidos”. Más recientemente, en 1975, la Congregación General 32 había formulado la misión de la Compañía como *el servicio de la fe, del que la promoción de la justicia constituye una exigencia absoluta, en cuanto forma parte de la reconciliación de los hombres exigida por la reconciliación de ellos mismos con Dios*¹⁰.

Ahora bien, sin diálogo no hay posibilidad de vida democrática. Sin diálogo tampoco hay camino de reconciliación. A su vez, sin esfuerzos por la reconciliación, lo cual implica el rescate de la justicia, tampoco puede haber estructuras de vida democrática suficientemente capaces de soportar los conflictos internos de una sociedad. De ahí que democracia, diálogo, reconciliación y justicia se amalgaman en un único servicio, en el mismo esfuerzo para alcanzar y garantizar la paz. Y a esa tarea la Compañía quiere dedicar lo mejor de sus fuerzas, y en ello quiere poder contar no solo con las obras e instituciones que se encuentran bajo su responsabilidad o con las cuales tenga estrechos vínculos; también con la Iglesia, que bajo el liderazgo del papa Francisco sigue empeñándose decididamente en la concretización de ese sueño, pero además con todos los sectores de la sociedad que igualmente desean colaborar y caminar juntos en la misma dirección.

Esto nos da pie para una breve reflexión sobre la responsabilidad ciudadana de los egresados de una institución universitaria de inspiración ignaciana y jesuítica.

Ciudadanos responsables

La ciudadanía es la dimensión por la que un ser humano se entiende como parte de una relación compleja con otros seres humanos que componen la comunidad humana. Es saberse parte integrante y participativa de la “ciudad” (de ahí “ciudadano”), de la “polis” (de ahí, “político”). La ciudadanía, por tanto, implica la identificación de uno con algo que es más grande que él mismo, que es más abarcador que sus propios intereses individuales, los cuales son siempre parciales y estrechos. La conciencia de ciudadanía abre, ante la mirada de los individuos, el ancho horizonte de la comunidad, de la sociedad. Los ubica en la perspectiva del bien común y de la responsabilidad personal por lo colectivo, por la *res publica*, lo que es de interés y va en beneficio de toda la colectividad.

Por eso, la ciudadanía es aquella faceta de nuestra existencia humana a través de la cual el individuo se hace persona al reconocer a los otros como sus iguales en términos

¹⁰ CG 32, D. 4, n. 2.

de dignidad y derechos; no como seres inferiores y despreciables, que hay que eliminar porque no merecen estar entre nosotros, ni tampoco como competidores o potenciales enemigos que hay que eliminar, porque son una amenaza. La conciencia ciudadana nos lleva a ver a los demás como personas que, desde su diversidad, aportan a la vida en común de todos, como compañeros de camino necesarios para que todos tengan una vida plena.

En la perspectiva de la educación universitaria como apostolado intelectual, que es nuestro caso, la ciudadanía está, en primer lugar, íntimamente vinculada a la actividad profesional realizada con un profundo sentido de lo humano, de respeto e interés por la humanidad, y no por simple afán de lucro o prestigio mundano.

Queremos aportar a la formación de verdaderos ciudadanos según la tradición de la Compañía de Jesús, cuyo objetivo lo ha condensado el P. Arrupe en una expresión muy lograda: *hombres y mujeres para los demás*. Ahí está el núcleo de lo que queremos, la meta hacia donde deben converger todos nuestros esfuerzos, proyectos y estrategias. Queremos que a las personas que concluyan su formación superior en las instituciones que se inspiran en la tradición y espiritualidad ignaciana les “duela”, les afecte la vida de todos, queremos que se involucren en el trabajo por el Bien Común, porque consideren su participación en la actividad pública como algo de lo que no pueden prescindir si quieren llevar una vida consecuente y con sentido.

El egresado de una universidad que se comprende en la tradición educativa y universitaria de la Compañía de Jesús es, pues, una persona íntegra, “entera”:

- consciente de los valores éticos que orientan su vida personal y pública, así como su ejercicio profesional y su actividad investigativa;
- abierta a la trascendencia y motivada al crecimiento en la dimensión espiritual, porque ha experimentado la profundidad y la apertura al infinito propias de la existencia humana;
- sensible a los problemas contemporáneos de la comunidad humana y deseosa de aportar su parte en la busca de respuestas a ellos;
- comprometida como ciudadano o ciudadana, al ser consciente de su responsabilidad en la búsqueda del Bien Común;
- capaz de innovar en todas las dimensiones de la vida, porque ha asimilado la dinámica del *magis*, propia de la espiritualidad ignaciana, dejándose “incomodar” por la pregunta: ¿cómo hacer más y mejor?;
- por ello también empeñada en un proceso de formación permanente, porque tiene una idea clara de lo mucho que no sabe, y se ha motivado a seguir aprendiendo y compartiendo sus conocimientos.

La FEI tiene muy claro su objetivo de preparar a sus estudiantes de la mejor manera posible con el fin de enfrentar los grandes desafíos del presente y del futuro. Para lograrlo persigue la articulación siempre más afinada entre tecnologías, procesos y gestión, que se articulan cada vez más de manera multidisciplinar y universal. La investigación científica y tecnológica y el desafío del desarrollo nos exigen cada vez más innovación y creatividad, así como la evaluación continuada de su impacto en la realidad.

Conclusión: lo que es un egresado de la FEI

Como institución de inspiración cristiana e ignaciana, ese impacto debe iniciarse en la misma comunidad académica y en su modo de vivir y convivir. Quisiera, pues, como conclusión, presentarles lo que vemos como características de un estudiante egresado de una universidad jesuita, cuya actuación pública y privada ponen de manifiesto los valores que han alimentado su formación.

* *Amor como servicio*, en un mundo egoísta e indiferente. Amor puesto más en las obras que en las palabras, como dice San Ignacio y lo describe San Pablo: es paciente, servicial, no es envidioso ni busca aparentar, no es orgulloso ni actúa con bajeza, no se irrita, deja atrás las ofensas y las perdona, nunca se alegra de la injusticia y siempre se alegra de la verdad; todo lo aguanta, todo lo cree, todo lo soporta¹¹.

* *Justicia*, frente a la explotación y la falta de respeto a la dignidad de los más débiles, que acaba finalmente por excluir de la convivencia social a los más necesitados. La justicia social lleva a superar las dinámicas socio-económicas en las que unos pocos acaparan para sí lo que sería para todos; dinámicas que, por cierto, están muy presentes en Brasil y América Latina, donde la desigualdad entre los grupos sociales más enriquecidos y más empobrecidos clama a los cielos.

* *Paz*, en oposición a la violencia que se impone en las relaciones entre personas, grupos y comunidades, y que sirve como instrumento para que los más fuertes o más agresivos logren sus objetivos -sean cuales sean- a cualquier precio.

* *Honestidad*, frente a la corrupción que tan sutil y fácilmente se cuela en todas las dimensiones de nuestra vida social, universitaria y profesional, a tal punto que parezca “normal” que algunos saquen ventaja sobre otros, abusando del poder y autoridad que la comunidad les ha conferido.

* *Solidaridad*, frente a un creciente individualismo que nos aísla de los demás y nos hace ajenos a nosotros mismo; solidaridad que se opone a la competencia, que nos convierte en enemigos en vez de colaboradores; solidaridad que se opone a la insensibilidad y al indiferentismo respecto a las necesidades y sufrimientos de los demás, dañando así nuestra misma capacidad de hacernos humanos.

¹¹ Cf. 1Cor 13,4-8.

* *Sobriedad*, en oposición a una sociedad que fácilmente se deja seducir por el consumismo y se hunde en una “cultura” de lo desechable, la cual genera pobreza y amenaza el equilibrio ecológico y la salud del planeta.

* *Contemplación y gratuidad*, en oposición al pragmatismo y al utilitarismo, que reducen al ser humano a lo que hace y a lo que tiene, acortando así el horizonte de su vida y encarcelándolo en la inmediatez de una existencia superficial, desabrida, aburrida, sin sentido.

Como ven, vivir esos valores no les asegurará una vida tranquila o fácil, porque orientar la propia vida fundada en ellos nos lanza, muchas veces, a contracorriente de las tendencias - infelizmente mayoritarias- en la sociedad. Sí, no será una vida cómoda, fácil, tranquila, sino una vida profunda, bonita, verdaderamente humana y llena de sentido, al final de la cual uno podrá decir que ha valido la pena haberla vivido.

Muchas gracias.

Arturo Sosa, S.I.
26 octubre 2017